

LA ORACIÓN POR UN NIÑO TRAVIESO

El pequeño Lomon* no usó el uniforme escolar en su primer día de clases en la Escuela Adventista Ebeye (en las Islas Marshall).

El segundo día de clases, sin embargo, el niño de cinco años llegó a kínder con los pantalones negros y la camiseta gris requerida. Aquel día luchó porque no quería quedarse quieto y escuchar a la maestra Elisa Albertsen, una joven misionera del Estado de Alaska, en los Estados Unidos, para irse a jugar afuera con sus amigos que aún no asistían a la escuela.

De un momento a otro, Lomon comenzó a pellizcar y a golpear a los demás niños.

Así que, Elisa decidió sentarlo lejos de los otros niños hasta que se calmara. Pero Lomon no tenía intenciones de cooperar. En su lugar, comenzó a aullar como un lobo. “¡Auuuuuu! –gritaba–. ¡Auuuuuuuu!”

Elisa tuvo que llevar a Lomon a la oficina del director, pero aun así su comportamiento no mejoró. Y, para empeorar las cosas, casi todos los niños de la clase comenzaron a tener dificultades para adaptarse a la escuela. Se mordían y golpeaban entre ellos, y también a la maestra. Un día, los veinte niños se apresuraron hacia las ventanas sin vidrios del aula con el propósito de saltar y huir a la calle. Como pudo, Elisa logró detenerlos.

Elisa decidió hablar con la tía de Lomon. Durante la conversación, se enteró de que la joven madre y el padre alcohólico del niño vivían en otra isla del Pacífico, y que él vivía con sus tíos en Ebeye, una isla de más de 12.000 personas que viven en apenas 32 hectáreas de terreno.

Elisa se compadeció de Lomon. “Él no tenía una vida muy buena en su hogar, y aquellos eran sus primeros días en la escuela –cuenta ella–. Me di cuenta de que necesitaba mucho amor y atención”.

Tiempo después, notó que Lomon estaba llegando a la escuela con moretones en su cuerpo y su primo llegó también con un ojo morado. Enseguida, supo que algo estaba pasando en su casa, y decidió hablar con el director. Pero, había poco que se pudiera hacer en una sociedad donde no existe el servicio de protección al niño, y en la que los padres y los niños justifican que los moretones se deben a accidentes.

Elisa decidió no comentarle más nada a la familia de Lomon sobre su mal comportamiento y solo orar por él.

“Un día llegué a casa llorando y le pregunté a Dios: ‘Señor, ¿qué se supone que debo hacer con él? Quiero que tenga éxito este año escolar’ ”, cuenta ella.

Sentía que había una batalla espiritual en su clase a pesar de lo pequeños que eran sus niños.



Elisa Albertsen, 21

CÁPSULA INFORMATIVA

- Las Islas Marshall son una nación insular en el Océano Pacífico. El nombre oficial del país es República de las Islas Marshall y se encuentran ubicadas entre Hawái y Australia.
- Las Islas Marshall tienen dos idiomas oficiales: el marshalés y el inglés.
- Los dos principales grupos religiosos en estas islas son la Iglesia Unida de Cristo (con un 51,5 por ciento de la población) y las Asambleas de Dios (con un 24,2 por ciento). Los adventistas representan apenas el 1 por ciento de la población.
- Las Islas Marshall forman parte de la Misión de Guam Micronesia.
- Esta Misión cuenta con 5.565 miembros distribuidos en 22 iglesias y 15 congregaciones.

“Esta es la edad donde empiezan a formar buenos y malos hábitos –dice ella–. Es ahí donde Satanás busca intervenir para interrumpir su relación con Jesús desde temprana edad”.

Elisa sintió la necesidad de orar diariamente, no solo por Lomon y sus dificultades en el aula, sino también por cada uno de sus alumnos, por sus familias, y para que Dios pudiera llenar la atmósfera de su clase con amor. Hizo una lista, y decidió orar por cada uno de los niños y los miembros de sus familias cada mañana y cada noche.

“Estaba decidida a que mi aula cambiara”, cuenta ella.

En la escuela, Elisa comenzó a quedarse con Lomon después de clases como castigo cuando era desobediente, y aprovechaba para orar con él. Lomon no sabía cómo orar, así que ella se encargaba de enseñarle.

“Querido, Padre celestial –repetía el chico después de Elisa–. Gracias por este día. Gracias por la comida. Lamento haber interrumpido la clase de hoy y también haber golpeado a un compañero de clases. Por favor, perdóname, y ayúdame a esforzarme más y a escuchar y ser amable mañana”.

Un día, mientras oraban, Lomon dijo: –Señorita, señorita, ¿puedo ayudarla a ordenar las sillas?

¡Era la primera vez que tenía la iniciativa de ayudar a su maestra!

Dos semanas después de comenzar a orar, Elisa notó una gran diferencia en el salón.

Lomon comenzó a ordenar cuando los demás niños desordenaban, y hasta trataba de detenerlos cuando peleaban.

Y, como consecuencia, los demás niños también comenzaron a portarse mejor. Aprendieron a decir “lo siento” y “por favor, perdóname”. Y los que eran tratados mal aprendieron a contestar: “Te perdono”, y luego se abrazaban.

“El amor de Dios llenaba el aula”, cuenta Elisa.

No se supone que los maestros tengan alumnos favoritos, pero Elisa asegura que Lomon se hizo especialmente querido para ella. “Él era solo un niño que había sufrido mucho, y que quería ser amado y estar en un ambiente estable”, dice Elisa, quien apenas tiene 21 años.

Parte de la ofrenda del decimotercer sábado de este trimestre ayudará a la Escuela Adventista Ebeye a hacer reparaciones muy necesarias en sus aulas para poder seguirles hablando a niños como Lomon sobre nuestro amoroso Padre celestial. Gracias por sus ofrendas misioneras.

** El nombre del niño ha sido cambiado. Lomon significa “aguas ásperas”.*